

**Francisco Diago O.P. y sus *Anales* (1613): ecos de Viterbo y otras mixtificaciones**

LUCIANO PÉREZ VILATELA  
IES Tirant lo Blanch, València

**1. Escolano y Diago, actores de la polémica**

Gaspar Juan de Escolano (1560-1619), doctor en teología y miembro de la “Academia de los Nocturnos”, flor de azafrán del manierismo y protobarroco literario valenciano, dedicó a la Historia lo más esforzado de su producción. Como miembro del clero secular alcanzó la rectoría de la iglesia de San Esteban, parroquia donde habían sido bautizados nada menos que Vicente Ferrer y Luis Beltrán, ambos santos profesos de la orden dominicana. La carrera de Escolano se vinculó a las instituciones cívicas de la ciudad, alcanzando los cargos de predicador de la ciudad en 1602 y cronista real en 1604. Formó parte de la junta que estudió la conveniencia de expulsar a los moriscos (1608). Escribió en latín varios tratados teológicos y, en valenciano, un *Directori de Parròquies, recopilat per Gaspar Escolano, rector de S. Esteve*, inacabado.<sup>1</sup> Sin embargo, su obra más afamada —y la que más le amargaría la vida— sería la *Historia general de Valencia. Década primera de la insigne y coronada Ciudad y Reyno de Valencia* (Valencia, 1610 y 1611). La obra de Escolano, dirigida a «los tres Estamentos, Eclesiástico, Militar y Real y por ellos a los Diputados» era pues de intención, factura y subvención

<sup>1</sup> Véase la entrada «Escolano, Gaspar Juan», en MAS, Manuel, dir., *Gran Enciclopedia de la Región Valenciana*, Valencia, Gran Enciclopedia de la Región Valenciana, 1972, s.v.

cívica. Era una historia oficialista de la ciudad y reino, sufragada y dirigida al mismo dentro de un espíritu humanista urbano institucional, civil y “laico”, en el sentido de que no era una obra orquestada por ninguna institución eclesiástica (aunque por su preparación el autor perteneciese a este estamento), ni nobiliar ni por una —por otra parte deseable— institución cultural del estamento “real”. Confiesa Escolano que su fuente principal ha sido el «Archivo Real» de Valencia y que su historia nace de la documentación. Además, en la declaración de su profesión, dice «licenciado» (en artes), la capacidad más adecuada para historiar, no doctor en teología, título de superior (máxima) categoría universitaria.<sup>2</sup>

A la aparición de la “Primera Década” sucedió como el trueno al relámpago, casi instantáneamente, la publicación de los *Anales del Reyno de Valencia*, en dos tomos —a los que deberían seguir otros que no se editaron—, obra del «Padre maestro Fray Francisco Diago de la Orden de Predicadores», prior del «convento de San Onofrio», y dedicados al «Sacro supremo Consejo de Aragón». El tomo primero «corre desde su poblacion despues del Diluio hasta la muerte del Rey Don Iayme el Conquistador».

Ambas obras, dada su voluntad de historiar *ab initio*, se ocupan muy ampliamente de las antigüedades valencianas, en una época en que la mayor parte de la documentación en griego escapaba al alcance práctico de la mayoría de los historiadores, quienes en el mejor de los casos consultaban las traducciones latinas. Pese a estar dotada la Universidad Valentina de cátedra de griego desde hacía casi un siglo, en el Reino no había casi ningún códice y, en consecuencia, las posibilidades de editar críticamente eran nulas.

La historia de Diago es una “Historia-contra-Escolano”, como demostraré. Pero no por una suerte de inexistente venganza eclesiástica contra una obra no avalada por alguna instancia clerical, sino, aunque Diago se empeñe en negarlo, por haber negado Escolano —con toda razón— la veracidad del cronicón del pseudo-Beroso editado por Annio de Viterbo. Y el Viterbiense era dominico también. La obra de Diago fue

<sup>2</sup> ESCOLANO, Gaspar, *Historia general de Valencia. Décadas de la insigne y coronada ciudad y Reino de Valencia. Primera parte, aumentada, ampliada y continuada por Juan Bautista Perales*, Madrid / Valencia, Terraza, Aliena y Compañía, 1878, 8 [Prefacio].

una venganza gremial ciertamente efectiva, pues el resto de la obra de Escolano no fue editada hasta 1878 por Juan Bautista Perales.

La vesania de Diago sale a relucir en cada localización hipotética de topónimos y hechos o en alguna identificación prosopográfica; no lo cita nunca por su nombre siquiera; lo denomina «cierto moderno». He aquí uno de los pasajes más denotativos:<sup>3</sup>

no puedo abstenerme de dezir, que me asombra immensamente lo que en esta causa, siguiéndola con todo el denuedo del mundo afirma este moderno,<sup>4</sup> que publicó Fray Ivan [Annio de Viterbo] los libros del Beroso y de Manethon y de los otros autores que comentò, fingiendo que avia topado con ellos en unas ruynas. Porque ni le passò semejante pensamiento por la cabeça, ni lo explicó jamas con palabras: antes en el Comentario del tercero de los libros de Beroso,<sup>5</sup> que son los principales de esta lid, tratando de cómo siendo prior de Genova le avia dado razon Fray Mathias Provincial de los Frayles de la orden de Predicadores de Armenia, hospedado por el en la ciudad de Como, de que hasta entonces se llamaba Sale Noa en lengua Armenia, el puerto donde salio Noe del Arca, confiesa que los huvo en don, de mano de un compañero suyo llamado el Maestro Fray Iorge, Armenio también de nación «A cuius socio (dize) Magistro Gregorio similiter Armeno Hanc Berosi deflorationem dono habui» donde se ve al ojo quan contra la verdad y contra Annio es decir del, que publicó los libros de Beroso fingiendo que avia topado con ellos en unas ruynas...

Dos libros (I-II) para defender a su compadre contra una crítica. Sin embargo, como se comprobará, resulta extremadamente dudoso que Diago se hubiese tragado la píldora del pseudo-Beroso, pues los tres reyes ambiguos en que coinciden ambos —y Annio da una veintena— están corroborados por otras fuentes antiguas y de más que notable prestigio: San Jerónimo, caso de “Tubal”, o “Hércules Egipciano” y “Hércules Griego o Thebano”, geminación del héroe que aparece ya

<sup>3</sup> DIAGO, Francisco, *Anales del Reyno de Valencia. Tomo primero que corre desde su población después del Diluio, hasta la muerte del rey don layme el Conquistador*, Valencia, Pedro Patricio Mey, 1613, II, cap. X, 36 v - 37 r.

<sup>4</sup> ESCOLANO, Gaspar, *Historia general de Valencia...*, cit., I, cap. 8, nº 5.

<sup>5</sup> El que lleva el listado de los apócrifos reyes arcaicos de España; se corresponde con el XII del pseudo-Beroso presuntamente en él editado.

esbozada en la *Crónica General* de Alfonso el Sabio<sup>6</sup> y que Viterbo desarrolla.

Francisco Diago O.P.,<sup>7</sup> probablemente nacido en Viver en fecha indeterminada y muerto en Valencia (1615) y vicario del convento de Segorbe (1612), ciudad para la que tiene palabras de elogio en sus *Anales*, alcanzó buen prestigio como historiador: Felipe III le nombró cronista general de los reinos de la Corona de Aragón. Escribió una *Historia de la Provincia de Aragón de la Orden de Predicadores* (Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1599) y una *Historia de la vida, milagros, muerte y discípulos de San Vicente Ferrer* (Barcelona, Gabriel Graells y Giraldo Dotil, 1600) en dos volúmenes y dedicada a los jurados de Valencia. Estuvo destinado unos años en la ciudad condal, donde imprimió estas obras que le dieron fama; el *Dypticon Gerundense*, episcopologio de esta ciudad, editado póstumamente en ella junto a las *Constitutiones Sinodales Gerundenses* de Francisco Romaguera (Gerona, Jerónimo Palol, 1691); la *Historia de los victoriosísimos antiguos condes de Barcelona* (Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1603), etcétera. Se considera a los *Anales del Reyno de Valencia* (Valencia, Pedro Patricio Mey, 1613) su obra más importante, de la que publicó sólo la primera parte, que finaliza con Jaime I. Ya había reunido materiales para su continuación, *Apuntamientos recogidos por Francisco Diago O. P. para continuar los Anales del Reyno de Valencia desde el rey Pedro III hasta Felipe II* (no han sido publicados hasta el siglo XX, Valencia, Acción Bibliográfica Valenciana, 1936-1946, 2 vols.), cuando falleció.

Hay que tener presente en todo momento que para cualquier historiador, fuese de un reino entero o de un villorrio, la cuestión de sus orígenes, su Historia Antigua, era obligatoria, metodológicamente fundamental e insoslayable en cualquier rincón de Europa hasta el siglo XIX inclusive. La preocupación algo autista, tucidéa, de la diagnosis sobre su propio tiempo, era menos importante y a menudo no se llegaba a ella. La sustituían monografías, biografías, libros de memorias, etcétera, confeccionadas por autores coetáneos.

<sup>6</sup> ALFONSO X el Sabio, *Primera Crónica General de España, que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289* (ed. Ramón MENÉNDEZ PIDAL), Madrid, Gredos, 1955, I, 9-12 [Hércules Libyo].

<sup>7</sup> «Diago, Francisco de», en MAS, Manuel, dir., *Gran Enciclopedia de la Región Valenciana, cit.*, vol. IV, s.v.

## 2. El Pseudo-Beroso: nudo de la polémica (1432-1502)

El dominico viterbiense Giovanni Nanni talló un sosia para el descubrimiento de los más recónditos pasajes de la historia antigua, particularmente de Hispania: el pseudo-Beroso. Su personaje-autor fue Annio de Viterbo. La primera edición de su texto de 1498<sup>8</sup> fue engullida rápidamente por el mercado, pero las numerosas que siguieron — llevando el título cambiado— llegaron a la España reunificada de los Reyes Católicos<sup>9</sup> dejando mayor huella aquí que ningún historiador postclásico, una huella que llega hasta el postrer alarde historiográfico del manierismo valenciano, los *Anales del Reyno de Valencia*.<sup>10</sup> La edición de los *Commentaria* que se ve citada con más frecuencia es una de Sansovino, impresa en 1583 en Venecia.<sup>11</sup>

Fray Nanni creó a Annio de Viterbo, el cual a su vez conformó al (pseudo-) Beroso. Desde el Renacimiento mismo surgió la polémica sobre la autenticidad de su «Beroso», como pasó a ser conocido por los estudiosos españoles. Muchos humanistas españoles —máxime de la Corona de Aragón— advirtieron la patraña del falso Beroso: Antonio Agustín,<sup>12</sup> Luis Vives,<sup>13</sup> Melchor Cano, Gaspar Barreiros y Gaspar de Escolano.<sup>14</sup> Entre los itálicos cabe contar Sabellico, Crinito y

<sup>8</sup> NANNI, Giovanni, *Commentaria super opera diversorum auctorum de antiquitatibus loquentium*, Romae, Eucharius Silber, 1498.

<sup>9</sup> Hay varias ediciones venecianas de la obra de Annio; la primera, de 1498 mismo, por Bernardum Venetum. En la Real Academia de la Historia se conserva un ejemplar veneciano que perteneció a Diego de Colmenares: NANNI, Giovanni, *Antiquitatum variarum volumina XVIII, a venerando et sacrae Theologiae et predicatori ordinis professore Iohanne Annio hac serie declarata contentorum in aliis voluminibus liber primus*, 1520, lib. XII, LXXXVI v - XC v: ahí va la díptica de los apócrifos reyes primigenios de Hispania.

<sup>10</sup> Algunos autores dominicos como Alfonso de Maldonado ya lo usan y defienden con desparpajo en el siglo XVI. Cf. MALDONADO, Alfonso de, *De auctore hoc Ioanne Annio Viterbiense et autoritate auctorum quos publicavit, videndus omnino est Fr. Alfonsus Maldonado etiam dominicanus in chronico universali Hispanicae scripto tractata XV*, f. 92.

<sup>11</sup> Cf. CARO BAROJA, Julio, *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, Barcelona, Seix Barral, 1992, 53.

<sup>12</sup> AGUSTÍN, Antonio, *Diálogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades de Tarragona*, Tarragona, Felipe Mey, 1587, 32 ss [Diálogo XI, IV].

<sup>13</sup> VIVES, Luis, *Sancti Augustini De civitate Dei*, Basileae, Iohannes Frobenius, 1522.

<sup>14</sup> ESCOLANO, Gaspar, *Historia general de Valencia...*, cit., Década primera, lib. I, cap. IX, col. 47-54.

Volaterrano.<sup>15</sup> Otros autores dominicos, probablemente bienintencionados, se mostraron partidarios de la autenticidad del pseudo-Beroso. Sin embargo, no deja de haber una especie de vigilia hostil entre los miembros de diversas confesiones cristianas, o ateos como Bayle, para estar siempre a punto de recriminar o imputar algo al «Beroso» de Juan Annio.<sup>16</sup>

¿Cuál fue la colosal manzana de discordia que provocó tantas ediciones, tantas refutaciones más algunos apoyos? Pues la ganga de una veintena de onomásticos de reyes de la antigua Iberia: Tubal, Ibero, Brygo, Tago (hay alguna alografía, como en el caso de “Tubelda”, “Idulbelda” en otras ediciones), etcétera. Estudié ya la procedencia — textual y documental, ardidada tan inteligentemente— de estos onomásticos a partir de varias fuentes, principalmente geográficas grecolatinas, connotados todos ellos por las empresas de los reyes Trastámara de Aragón, principalmente de Alfonso V y de Fernando el Católico, claro está retrotrayendo sus hechos a otros.<sup>17</sup>

¿Cómo y por qué pudo colar esta falsificación? Pues por la siguiente tesitura: el pontífice contemporáneo, Alejandro VI (1492-1503) —Rodrigo de Borgia— era valenciano y fue el forjador de los Estados Pontificios de la edad Moderna, en parte mediante la actuación diplomático-militar de su hijo César Borgia, procurando un equilibrio cordial en Italia entre sus Estados y la Monarquía Hispánica. Y Ya Sixto IV (1471-1484) había promocionado al viterbiense en la Roma de 1471, por la fama de su indudable saber políglota (latín, griego, hebreo, árabe y caldeo).

<sup>15</sup> Citados por CARO BAROJA, Julio, *Las falsificaciones de la Historia...*, cit., 54. *Vid.* ahora, en estas mismas actas, el trabajo de FERRER, Daniel, «Els orígens mítics d'Hispania en el *De origine* (1553) de Francesc Tarafa: el Túbal d'Annio de Viterbo».

<sup>16</sup> Quétif, Jacques y Jacques Echard, *Scriptores ordinis Praedicatorum recensiti, notisque historicis et criticis illustrati*, vol. II, Lutetiae Parisiorum, apud Christophorum Ballard, 1721, 66-100. En el polo opuesto está Bayle, Pierre, *Dictionnaire historique et critique*, vol. IX, Paris, Desoer, 1820, 1-4.

<sup>17</sup> PÉREZ VILATELA, Luciano, «La onomástica de los apócrifos reyes de España en Annio de Viterbo y su influencia», en MAESTRE MAESTRE, José María, Joaquín PASCUAL BAREA y Luis CHARLO BREA, eds., *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Actas del I Simposio sobre humanismo y pervivencia del mundo clásico*, vol. I.2, Cádiz, Instituto de Estudios Turoleses / Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1993, 807-819.

La España de los Reyes Católicos se presentaba como una reconstrucción de la antigua Hispania romana (la reunificación de la Citerior y la Ulterior, según el cardenal Margarit). El papa se sentía valenciano, aragonés y español en una Italia en la cual, como efecto rebote del tiempo de los romanos, la Monarquía Hispánica se imponía a los angevinos, franceses, genoveses y sus aliados. Una monarquía, además, que se presentaba en Europa como la única vencedora del Islam, cuya expansión por la Europa Oriental mediante el Imperio Otomano era una amenaza, que se percibía en Europa como la nuclear a fines del XX. Nanni fue un decidido partidario de la cruzada contra los turcos<sup>18</sup> y sólo España les estaba atacando en el Norte de África y, más adelante, ocasionalmente en los Balcanes.

También la España del siglo XVI andaba muy escasa de códices grecolatinos, debido en gran parte a las invasiones islámicas. Los eruditos españoles carecían pues de un volumen global de manuscritos sobre el cual poder eventualmente operar para organizar un corpus sobre las antigüedades hispanas. Así pues, la mano que les echaba Viterbo con una nómina regia bien estructurada y que sonaba a hispano era una maná ideológico de un pasado bien relacionado con Grecia, Roma y Cercano Oriente para cimientó linajudo de una monarquía a la vez nueva pero «restaurada», la de los Reyes Católicos.

La Hispania reunificada en 1478 carecía de un “Catálogo de las naves” que remontare su antigüedad al “nudo troyano”, ni había tenido un Virgilio que hubiere procedido a la mixtificación correspondiente a pretéritas épocas, cuanto menos preolímpicas, marchamo de antiguo linaje. Sólo estaban al alcance de los eruditos el texto del epitomador Justino,<sup>19</sup> un pasaje de Isidoro<sup>20</sup> sobre Tubal y los manoseadísimos en toda Europa *Comentarios*<sup>21</sup> de San Jerónimo a los libros bíblicos,<sup>22</sup> que

<sup>18</sup> NANNI, Giovanni, *Tractatus de Imperio Turcorum*, Génova, 1471; NANNI, Giovanni, *De futuris Christianorum triumphis in Turchos et Sarracenos ad Xystum papam IV et reges, principes ac senatus Christianos*, Génova, 1480.

<sup>19</sup> IUST., XLVI, 4.

<sup>20</sup> ISID., *Or.*, IX, 2, 29.

<sup>21</sup> HIERON., *Super Isaiam*, cap. 66; HIERON., *Super Ezechielem*, caps. 27 y 28; HIERON., *Sancti Eusebii Hieronymi Stridonensis presbiteri Opera Omnia*, vol. 3, Parisiis, J. Martiany, 1699. Las *Obras Completas* de san Jerónimo fueron editadas a mediados del siglo XIX por Migne: HIERON., *Sancti Eusebii Hieronymi Stridonensis presbiteri Opera Omnia* (ed. J.-P. MIGNE), Paris, 1845 [ed. facs. Turnholti, Brepols, 1982, 9 vols].

introducían a «Thubal» como el primero de los «Iberi qui et Hispani a quibus Celtiberi». A su vez, Jerónimo depende de textos hebreos no canónicos algunos perdidos<sup>23</sup> que comentaban aspectos étnico-geográficos de la Biblia, como el *Liber Iubilaerum*, el *Liber Generationum*, etcétera.<sup>24</sup> Por su parte, Jerónimo influyó en Eusebio de Cesarea, autor de la *Historia eclesiástica* más antigua conservada, que Caro Baroja estima fundamental para el proceso de falsificación posterior —aunque por nuestra parte la estimamos más bien accesoria— por el hecho de haber mencionado a Beroso como antiguo historiador caldeo.<sup>25</sup> Jerónimo también se vale de Flavio Josefo en todos los casos que pudiesen aludir a Tubal.<sup>26</sup> Rodrigo Jiménez de Rada (c. 1170 ? 1247) ya en plena Edad Media recoge a Tubal como primer poblador de España.<sup>27</sup>

El poder de la orden dominica en el antiguo Reino de Valencia era ideológicamente enorme: San Vicente Ferrer era y sigue siendo el santo más popular y patrón del Reino; Gilabert Jofré había fundado el primer manicomio de Europa para proteger de los cuerdos a los «fols y beneits»; Nanni era dominico, y esa acreditación le valió que le apoyasen destacados miembros de la orden como Bartolomé de las Casas (1474-1566).<sup>28</sup>

Las órdenes religiosas, aparte de sus carismas teológicos, mantenían rivalidades muy encontradas en investigación y adscripción teológica, cátedras de Latín, Retórica, Teología; filias y fobias respecto a cardenales de la Curia y pontífices, etcétera. Todo esto a nivel general de la Cristiandad latina.

<sup>22</sup> Los más acudidos fueron los pasajes de EZEQUIEL, XXII, 2; XXXVIII, 2; XXX, 1; y, por supuesto, el Génesis, X, 2, con la descendencia de Jafet, padre de Tubal y sus hermanos.

<sup>23</sup> KAUTZCH, Emil, *Die Apocryphen und Pseudepigraphen des Alten Testaments*, vol. II, Tübingen, J. C. B. Mohr, 1900, 31 ss., 119 ss; HIERON., *Liber Hebraicarum quaestionum in Genesim*, en HIERON., *Sancti Eusebii Hieronymi Stridonensis presbiteri Opera Omnia*, vol. 2, Parisiis, J. Martiany, 1699, 514 ss.

<sup>24</sup> KAUTZCH, Emil, *Die Apocryphen und Pseudepigraphen...*, cit., vol. II, Tübingen, J. C. B. Mohr, 1900, 31 ss., 119 ss.

<sup>25</sup> CARO BAROJA, Julio, *Las falsificaciones de la Historia...*, cit., 59.

<sup>26</sup> IOSEPH., *Ant.* I, 6, 1 = 122.

<sup>27</sup> JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo, *Historia de rebus Hispaniae*, Madrid, 1793 [cd. facs. Valencia, Anubar, 1968], lib. I, cap. III, 7.

<sup>28</sup> CASAS, Bartolomé de las, *Apologética historia de las Indias*, dins SERRANO Y SANZ, Manuel, *Historiadores de Indias*, vol. I, Madrid, Bailly (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 13), 1909, cap. CVIII («De los escritos de Beroso»), 291b-293b. En este capítulo rechaza la debelación de Vives, llamándole «arrogante».



Mayor influencia incluso que el falsario original ejerció el zamorano Florián de Ocampo (1495? ? 1558?), meritorio historiador, editor de la llamada *Tercera crónica general*, texto medieval inédito, pero muy aficionado a caminar por el filo de la navaja de la veracidad. Así *Las cuatro partes enteras de la Crónica de España que mandó componer el serenísimo rey don Alonso llamado el Sabio* (Zamora, 1541) recibieron no pocas recriminaciones al ser comparadas con otros manuscritos. Su otra obra más importante es *Los quatro libros primeros de la Crónica general de España* (Zamora, Juan Picardo, 1543), donde, tras mantener una leve reserva sobre el texto del pseudo-Beroso, acaba por aceptarlo, necesitado, aunque manifiesta que «[...] yo quisiera tener de tiempos tan antiguos algún autor de menos inconvenientes [...]». E introduce ligeras variantes respecto a la diptica elaborada por Nanni.<sup>29</sup>

Gaspar Juan de Escolano recoge la metodología crítica de Antonio Agustín y Luis Vives respecto al texto del pseudo-Beroso:<sup>30</sup>

[...] de cien años a esta parte, han salido a luz nuevos reyes nunca vistos de los antiguos y forjados por los modernos, que bebiéndosela los que después escribieron, como cosa dulce y nueva, ha sido la total mancha y borrón de la historia de Pineda, de nuestro Pero Antonio Beuter, de Lucio Marineo Sículo y de otros que han fundado suscritos en aquellas fábulas, han puesto en riesgo la reputación de ellos. Porque es de saber, que un italiano religioso de la orden de Santo Domingo, llamado Juan Anio Viterbiense, por ser natural de Viterbo, codicioso de ganar nombre y hacerse grato al Papa Alejandro Sexto, natural de nuestra Valencia, y al Rey Católico D. Fernando, que entonces tenía mano en las cosas de Italia, se atrevió a fantasearse una crónica en que puso cosas nunca oídas mayormente en las tocantes a España: y por darles autoridad quiso publicarla no en su propio nombre, sino fingiendo que había topado en unas ruinas con los libros que escribió el antiquísimo Beroso, Caldeo, y con los escritos de Methastenes, Philon y otros cuyos escritos habían muchos siglos que por la injuria de los tiempos se habían desaparecido del mundo [...]

<sup>29</sup> OCAMPO, Florián de, *Corónica general de España*, Madrid, Benito Cano, 1791, cap. IV, ff. I v - III v, XXI r - XXI v. Véase también el trabajo de COTARELO, Emilio, «Varias noticias acerca de Florián de Ocampo», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XIII (1926).

<sup>30</sup> ESCOLANO, Gaspar, *Historia general de Valencia...*, cit., Década primera, lib. I, cap. VIII, 27.

[...] a armar contra él abiertamente Luis Vives, eruditísimo valenciano en el libro *De Tradendis disciplinis* donde dice estas palabras vertidas de latín en romance: «un libro corre agora con capa del Babilonico Beroso, que es una manifiesta patraña, que ha sonado bien a los oídos de los indoctos y poco estudiosos. De la misma mano son los Equivocos de Jenofonte y los fragmentos de Achiloco, Catón Sempronio y Fabio Pictor... engendrados juntamente con el Beroso, por Fray Anio Viterbiense, y vestidos de sus comentarios [...]

No porque no contengan algunas verdades (que de otra suerte fuera haberse jugado la vergüenza el autor) sino porque el cuerpo de aquella historia es una pura imaginación [...] Que los libros que Anio Viterbiense [...] son fingidos.

La mayor influencia directa sobre Diago es la del historiador-fabulador zamorano Florián de Ocampo<sup>31</sup> —más riguroso en su tratamiento de la Edad Media—, el cual no se limitó a seguir el falso Beroso, sino a introducir variaciones sobre el listado de éste. Así dice Diago: «Después del año del Diluvio ciento y treynta y uno, en que Noe [...] sus hijos Sem, Cham y Iaphet [...]» se repartieron las tierras emergidas «pues España, donde ella cae, lo estuvo tan presto [ocupada] por Thubal, hijo de Iaphet, quanto se colige de lo que algunos escriven que entró Thubal en ella el año ciento y cuarenta dos del Diluvio, II MC LXIII: antes del nacimiento de Christo» (lib. II, cap. 1, 17 r). Diago toma sus conocimientos de Ocampo, pero en todo lo tocante a Tubal y a la etnogénesis primitiva valenciana suele citar como autoridades a Flavio «Iosepho» y a «san Hieronymo».

De los siete hijos de Iaphet, «Thubal» fue el poblador de la antigua Hispania, «y de Thubal los Iberos que también se llaman Españoles y —Celtiberos». Los comentarios de Jerónimo a Isaías y Ezequiel son el más alto peldaño al que remitir,<sup>32</sup> pero él mismo se da cuenta de la débil consistencia de su fuente (lib. II, cap. 1, 17 r): dedujo de los comentarios citados de San Jerónimo que los Iberos descendientes de Tubal, a quienes ciertamente San Jerónimo había puesto en Hispania, también pudieron

<sup>31</sup> Principalmente de OCAMPO, Florián de, *Corónica general de España...*, cit., lib. I, cap. IV.

<sup>32</sup> HIERON., *Super Isaiam*, cap. 66; HIERON., *Super Ezechielem*, caps. 27 y 28.

haber sido los del Cáucaso, o unos y otros sin hacer distinciones. De modo que Diago no carece de sentido crítico.

Los *Comentarios* de San Jerónimo fueron generados en la propia Antigüedad, y Ocampo, Diago, Escolano y otros no los utilizaron por ser una autoridad bíblica, sino por tratarse de una verdadera autoridad clásica. Sin embargo, Jerónimo, del siglo IV y dálmata de origen, no era experto en Historia del Próximo Oriente. Evidentemente, su trabajo había de sufrir la mediación de la Biblia y sus apócrifos, por su propia naturaleza: la opinión de Jerónimo se nutrió de las fuentes rabínicas adicionales, de naturaleza oral; y hay que tener en cuenta que Hispania se iba volviendo progresivamente más importante como país judío. En fin: en la Baja Edad Media los sabios hebreos no dudaban de que su pueblo había llegado a “Sefarad” a partir de las naves de Iram de Tiro, pariente de Salomón.

Así, consciente de los inconvenientes de la atribución, pero sin alcanzar a leer la literatura hebraica medieval, Diago se mueve entre documentación grecolatina y no quiere discutir acerca de dónde estuviese ubicada la Iberia de San Jerónimo, «porque mi blanco no es éste, sino mostrar que San Hieronymo estuvo muy persuadido de que Thubal vino a España y la pobló» (lib. II, cap. 1, 17 r).

Una de las constantes principales entre Diago y otros historiadores de los reinos de España es que buscarse un itinerario condidor de villas a lo largo del territorio que debía historiar, como Rodrigo Jiménez de Rada, Alonso de Madrigal, Rodrigo Méndez Silva, Francisco Tarafa, Joseph Pellicer de Salas, Luis Salazar de Castro, etcétera. De la pluma de algunos de estos autores surgió la fundación de Tafalla por Tubal, o también la de Setúbal en Portugal. El efecto de la primera afirmación fue piedra angular de la “ideología” de Sabino Arana. Crítica a Beuter<sup>33</sup> por afirmar que a la fundación de Segorbe precedió la de Liria y que «Lyria fue delas primeras poblaciones que se levantaron en este Reyno en aquellos antiguos siglos dela venida de Thubal a España (lib. II, cap. V, 25 v), en tanto que Edeta sería la corrupción de un vocablo arameo, cuya forma correcta hubo de haber sido “Edera” en arameo y habría sido fundada por los «Sagas Arameos» de Sagunto. Al menos no cae en el

<sup>33</sup> Beuter, Pere Antoni, Primera part de la Història de València, que tracta de les antiquitats de Spanya y fundació de València, ab tot lo discurs fins al temps que lo inclit rey don Jaume Primer la conquistà, València, s. n., 1538, f. XXVI.

burdo de identificar “Edeta” con “Xérica”, como le había sucedido a Beuter, mal guiado por un uso indebido de la epigrafía, dado que fue en Jérica donde se había hallado el epígrafe de Cayo Fabio Celso Edetano: un error metodológico en el que caerán tanto Escolano como Diago en otras localizaciones.

Es impactante contrastar el aprecio por las fuentes latinas presuntamente originales, como el pseudo-Beroso o Plinio y Livio, así como las autoridades intermedias en vulgar (Beuter, Ocampo), y su desprecio por la documentación en griego: así, su desprecio por «Apiano Alexandrio» en su explicación sobre los enemigos Torboletanos de Sagunto, el cual «por ser griego se equivocó confundiendo a Tarboletanos» con Turdetanos (lib. II, cap. XIX, 53 r).

Una particular estampa es la que hace del Reino de Valencia contemporáneo suyo: reproduce la etimología de Valencia como «excelencia» tomándola de Eiximenis, según confiesa. También se nota la influencia del franciscano en la etnogénesis (lib. I, cap. VIII, 17 v): «[...] aunque haya salido y venido de Cathaluña [la lengua y pueblo valencianos] y la tenga al costado no se nombre pueblo Cathalan; antes por especial privilegio tenga propio nombre y se llame Valenciano [...]». Alaba la excelencia y amenidad de su tierra, pero no dice una palabra sobre el mayor acontecimiento y problema de aquellos momentos: la expulsión de los moriscos (1609-1614).

### 3. Tubal, de nuevo

En mi opinión, Diago creyó más metodológica que sinceramente en la existencia extrabíblica de Tubal; y, con enormes dudas, expresadas en el texto, en su relación con España (lib. II, cap. I, 17 r - 17 v) no duda en afirmar: «[...] porque mi blanco no es éste, sino mostrar que San Hieronymo estuvo muy persuadido de que Thubal vino a España y la pobló».

No se entiende pues cómo, sin estar persuadido de su relación con España, puede dedicar a Tubal y a sus sucesores un libro entero, con toda la materia que tenía por tratar, el Reino de Valencia. Ahora bien, si se trata de categorizar como “canónico” a Viterbo y de estigmatizar a Escolano, se colige —aunque no se entienda— que en un ambiente cultural de odios africanos, propio de inicios del siglo XVII (Lope, Góngora, Quevedo, Alarcón, etcétera), lo principal no fuese el estudio o

la búsqueda del pasado, sino la tentativa de persuadir al lector en contra de algún otro colega.

El tingladillo tubálico en tierras valencianas montado por Diago es el siguiente (lib. II, cap. I, 18 r):

[...] recorriendo la costa y ribera del mar Mediterráneo hasta entrar en el Oceano, como en hecho de verdad escriven muchos que passó, y que en ella donde agora está el Reyno de Portugal erigió un pueblo y lo llamo Setubal. No hazia Thubal este camino tan de corrida, que antes allí se detenia, y donde mejor le parecia dexaba una de sus Colonias: y yo tengo por muy cierto que dexò alguna en este Reyno pasando por el, la buelta del Andaluzia por la costa delante y hallandole hecho una cifra de mil generos de bienes y regalos, para que en región tan rica y amena se fundasse alguna población. Y essa fue la de la antigua Sagunto, que agora y de muchos años atrás para significar su mas que extraordinaria antigüedad se llama Murviedro que quiere dezir Muro viejo. El tiempo en que la fundò no se puede saber con puntualidad, pero supuesto el año en que según algunos, queda ya assentada su entrada en España, parece que no es incongruente pensar, que aviendo podido gastar tres lo mas en los Pirineos, Cathaluña, Aragon y Navarra, hubo de levantar a Sagunto en este Reyno cerca del de IIMCLX antes del nacimiento de Christo y fue muy conforme a razon se le diese el nombre de Sagunto para que ya la memoria del nombre de Thubal quedava perpetuada en la Setubalia y en algunos pueblos della como Thuballa y Thubella (IIMCLX) quedasse en el de Sagunto la del nombre de su compañero, que tenian el de Sagas, o (como lo dize Plinio)<sup>34</sup> Schitia Saca. Parte della es la Armenia en cuyos montes parò y descansò el Arca después del diluvio y donde el Santo Noe salido della ofrecio sacrificios a Dios [...]

El nombre de «Sagas» lo obtiene forzosamente de los *Comentarios* de San Jerónimo. He aquí un esquema del proceder de Diago:

<sup>34</sup> PLIN., *Naturalis Historia*, VI, 50.

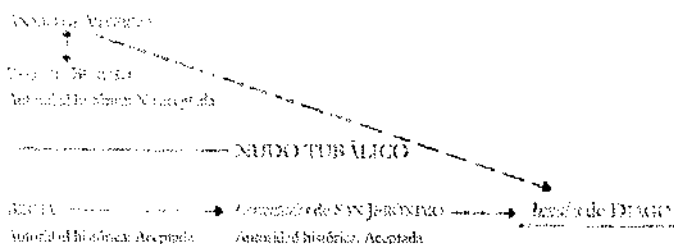


FIGURA 1. Credibilidad de fuentes para el Túbal de Francisco Diago (*Anales*, 1613).

Si Diago mantiene como cierta la díptica de Nanni, aparte de esta importantísima concesión, se muestra implacable con otras mixtificaciones que no tienen por matriz al falso Beroso. Así, con las noélicas puede explayarse a gusto contra Escolano, quien ciertamente había pecado de ingenuo, singularmente ante las amonedaciones romanas con las siglas de “Iulia Ilercavonia Hiberca Dertosa” (Tortosa). Crítico y criticado coinciden en fundaciones de tiempos tubálicos en la provincia de Castellón, pero el hecho de que la capital de Ilercavonia —corónimo reconstruido a partir de los Ilercaones, Ilergaones, etcétera— se hubiese llamado *Ilercavos* en «Cataluña» y que las siglas latinas deban leerse como VNDIS EREPTUS AVVS (“el abuelo liberado de las olas”)... O sea: Noé es un fuerte gazapo de Escolano (Década primera, lib. VIII, cap. 3, 6) al que Diago embiste: ni los antiguos dieron el nombre de Iano a Noé —y no prueba Escolano sus pseudoetimologías noélicas—, ni la Iana (Jana) recibió su nombre de Ianus Noé (lib. II, cap. V, 27 r). Sin embargo, Escolano en sus divagaciones sobre el Maestrat anda más acertado que Diago al señalar como trazado de la vía (Augusta) una posición prelitoral. Y de Escolano arranca la tradición de emplazar la antigua *Intibilis* en la Jana, en tanto Diago prefirió una colocación litoral (lib. II, cap. V, 27 r).

Escolano se conformó con el magro material documental proporcionado por las clásicos, con apoyo de la epigrafía y la numismática. Completar un libro tan voluminoso como su primera Década le obligaba, pues, a conjeturar sobre la localización de cada topónimo o sobre el paso o visita de tal o cual magistrado o emperador romano. Hipotetiza mucho —como lo hará Diago inmediatamente y en su contra—, pero cuando lo hace procura manifestarlo. Es esta la

superioridad como historiador de Escolano ante Diago. Y no es baladí. Por lo demás, y aunque muchas de sus identificaciones de lugares y acontecimientos se han repetido e incluso presentado como aportaciones propias por los historiadores de los siglos XIX y XX, tiende a la digresión puntual, al modo de cronista patriotero de pueblo pequeño, digresiones que estorban y fatigan la lectura continua de sua obra.

Diago tiene más disciplina literaria y sus capítulos tienen un casi modélico estereotipo en extensión. La cronología está siempre presente, procurando hilvanar la digresión sobre cada ciudad o lugarejo en el momento histórico en que, según él, aquella ciudad o lugarejo hubiere cobrado mayor importancia. No desaprovecha una línea donde pueda zaherir a Escolano. Es más: Diago es capaz de tragarse etimologías de lo más espeluznantes siempre que contradigan una localización o un hecho mencionados por Escolano. No es de las menores que siga a «Pere Anton Beuther» en la etimología de Villajoyosa: ambos hallaron resto de Yonia, «y después Yone», «y después Yonosa»; más adelante se transformó en «Honosca, que ya tenía cuando llegaron los romanos [...]»; Gneo Escipión la habría destruido para reedificar Icosía, etcétera. Estos últimos pasos son de la cosecha propia de Diago (lib. II, cap. XVII, 48 r - lib. II, cap. XVIII, 49 r).

En las incursiones a lo fabuloso fraguadas en el crisol de Nanni, es preciso distinguir lo referente al patriarca Tubal de todo el listado regio. Tubal, quien probablemente ni siquiera tuviese idea de que iba a ser asociado al extremo occidental de la ecumene, es un personaje bíblico, y seguramente “hubo” un Tubal entre los antepasados colaterales de Abraham. La capacidad de memorizar antepasados hasta un par de centenares —oralmente y sin la menor dubitación— es un hecho en cualquier pastor norteafricano, particularmente si puede inserir en sus remotos comienzos a alguno que se reputaba pariente o servidor de algún coraixita. El mismo afán recopilador de antepasados se daba entre los hebreos anteriores y posteriores a la fijación escrita de la Septuaginta en Alejandría. Tubal, hijo de Jafet, figura en Génesis 10,2, de modo que era un personaje canónico.

Además, sobre Tubal, sujeto a un canon, había operado una exégesis de San Jerónimo, autor doblemente canónico, como latinista y como teólogo cristiano. Era un dulce demasiado apetitoso como para desaprovecharlo. Por lo tanto, ya antes de Nanni, entre hebreos y cristianos medievales Tubal había sido manipulado en relación con la

etnógenes de varios pueblos. Y por eso mismo Escolano —como la *General e grand Estoria* o Jiménez de Rada— lo admite, sin vulnerar ni el canon ni la exégesis de San Jerónimo.

Colgar sobre este firme gancho blasónico una ristra de sucesores regios era harina de otro costal: Nanni acudió con desparpajo digno de cortesano prometedor en una corte papal dirigida por un español, y concretamente valenciano. Ya hemos revistado como presuntamente el acontecer histórico de varios de los sucesores de Tubal era un calco de lo que en el siglo XV “habría de ocurrir” a varios reyes de Aragón, singularmente Alfonso V el Magnánimo y Fernando II el Católico.<sup>35</sup> Escolano, más crítico y con mayor acribia deontológica, detuvo el balonazo urdido por Viterbo, sin que ello supusiese que hubiere dispuesto de otras fuentes inéditas de idéntica o inferior categoría. Lo peor de Diago es que, siendo historiador profesional, familiarizado con la documentación, da la intensa sensación de que no cree en el listado de Viterbo y que finge aceptarlo en conjunto, pero a la hora de servirse de él procura tomar en cuenta sólo los reyes más “aceptables” por figurar en otros documentos de cualquier laya: bíblicos o mitológicos —diferentes de la díptica del falso Beroso—, como Tubal o Hércules. Sin embargo, la geminación de Hércules en sendos diacrónicos héroes-monarcas y lo atribuido a cada uno de estos reyes, que no figura en otros documentos, es razón recogida en las colinas de Viterbo. Diago parece guiado por un “todo vale, si es contra Escolano”.

La entrada de Tubal en España ocurrió, según Diago, «[...] el año ciento y cuarenta dos del Diluvio: II MC LVIII antes del nacimiento de Christo [...]» (lib. II, cap. I, 17 r) y moriría el año 298 del Diluvio, «el IIMVI» aC. A partir de este 2006 hubo «muchos Reyes y Monarcas», pero no reproduce todo el listado del pseudo-Beroso, sino que, precautoriamente, afirma que no todos ellos «llegasen a poseerla y gobernarla toda y por consiguiente, ni a este Reyno [...]» (lib. II, cap. V, 28 r).

Sucedió a Tubal «Hercules el Egipciano», quien vino de «Scythia» para vengar en las personas de los tres hermanos Geriones, aliados de Tifón, la muerte de su padre Osiris a manos de éste. Se adueñó del tramo litoral entre aquí y Francia señaladamente; y de España, en general. En este reino fundó y «cimentó» la ciudad de «Setabis que agora dezimos

<sup>35</sup> PÉREZ VILATELA, Luciano, «La onomástica de los apócrifos reyes...», *cit.*



Xativa». Setabis significa en latín «positio patris», pero en hebreo «Seth» (postura) y «Abba» (padre). Ocampo (lib. I, caps. 12-14) situaba en Cádiz la muerte de los Geriones, y databa hacia MDCCXVIII el comienzo del reinado de Hércules el Egipcio. Lo acepta Diago.

El tercer rey apócrifo de la nómina de Diago es «Hércules Griego», diferente pues del «Egipciano» «Oron Libio» (sic). Aquí, en uno de sus mayores arrebatos depuradores, enmienda la plana «al Andaluz Silio Itálico» (*Pun.*, I, 273) por no haberse percatado de la «distancia de tiempo» y prosopografía de ambos. Este Hércules tuvo por camarada a Zacyntho, pero no el Egipcio. Fundó Sagunto sobre el túmulo de este héroe. Sin embargo, el gran contingente de pobladores llegaría más tarde, hacia el MCCCLXXVI, en que «fueron admitidos por moradores suyos [...] de la isla de Zacyntho» (lib. II, cap. VIII, 32 r). La dotación la deduce de Plinio (*Naturalis Historia*, XVI, 40), quien fecha el templo de Diana en Sagunto en 200 años antes de la caída de Troya. No desaprovecha la ocasión para embestir contra Escolano por haberlo dotado en «miles de años» (Década primera, lib. 7, cap. 8, 15).

No menciona Diago más monarcas de la Hispania primitiva, salvo más adelante los históricos Indíbil y Mandonio (lib. II, cap. IX, 79 r y ss). ¿Por qué, pues, tanta artillería contra Escolano, si no necesitaba al pseudo-Beroso para obtener estos onomásticos? ¿Sólo por la soberbia que le inspiraba el hábito dominicano, que compartía con Nanni, las cosas y los santos mencionados —y que pasó por encima de cualquier deontología de historiar—?

Como se ve en su forma de proceder con Tubal, Hércules Egipcio y Hércules Griego, Diago asocia la etnogénesis, siempre necesitada del Oriente, a un héroe: los «zacynthios», reforzadores de Sagunto, a Hércules Griego; los «Sagas» a Tubal; y los setabenses a Hércules Egipcio. Estima oportuno describir Sagunto, sus comarcas vecinas y, sobre todo, extenderse acerca del templo de Diana en Sagunto, que cree haber sido el primer «templo gentilico» de España (lib. II, cap. VIII, 33 r). El dedicado a Diana en Denia, en cambio, no fue ni tan antiguo ni fundado por «zacynthios». Hace derivar el nombre del río Palancia de «Palias». Se ocupa de la discusión sobre cuál fue el río Pallantia antiguo, puesto que el nombre de «Palancia» es un rebautizo del Renacimiento a cargo de Beuter y Ocampo principalmente. A Diago le interesa la polémica porque Escolano (Década primera, lib. I, cap. 17, 9) creía que hubo sido el río de Valencia. Hasta entonces el susodicho había sido

llamado «riu de Morvedre» o «riu de Sogorb», etcétera, como otros muchos según las principales ciudades por las que pasan.

En MCCCXXXIX aC fundaron los griegos la ciudad de Valencia, cuyo primer nombre habría sido Roma «y que sin porqué, impugnan muchos al Viterbense [...]» (lib. II, cap. X, 35 r): se habían multiplicado tanto los griegos saguntinos, que se vieron obligados a fundar esta nueva ciudad; «Rhome» en griego significa “valentía” y “fortaleza”; ya constaba el nombre de Valencia cuando predicó en ella Santiago, y da como prueba las «Reliquias en las secretísimas cavernas del Monte Santo de Granada [...]»; y ya se llamaba así cuando «Decio Iunio Bruto» (sic) en 136 (sic) dio allí campos a los «soldados romanos» que allí habían sustentado la guerra contra Viriato. Escolano había sostenido que «Tyris» había sido el primer nombre de Valencia, aplicando un verso de Avieno;<sup>36</sup> así pues, ciudad emplazada en el río «Tyrius» (Década primera, lib. IV, cap. 9, 10); pero Diago (lib. II, cap. X, 36 r - 38 r) prefiere trasladar río, ciudad y emplazamiento al Júcar y Alzira, antes de conceder siquiera esa baza a Escolano. Dice que el hidrónimo Turia es griego, y desbarra con citas inexistentes, aplicando mal la carta de Pompeyo, a Mela y a Claudiano principalmente. Sin embargo, no consiguió convencer en este extremo, pues desde el siglo XIX «Tyris» ha sido un nombre que comerciantes y público en general han aplicado a sus instituciones privadas en Valencia. Viene el panegírico, casi inevitable, de la Huerta Valenciana. Y no hace la menor alusión a la contemporánea expulsión de los moriscos.

También durante el período de Hércules Griego, empeñado éste en su viaje con los Argonautas, cuyo capitán se llamaba «Alceo Yraclis» — una mixtificación del nombre de Heracles—, se detuvo en la villa de Calpe. Más adelante llegaría a Sagunto un contingente de rútilos de Ardea en el Lacio, tal como lo narran Livio (XXI, 7, 2) y Silio Itálico (*Pun.*, I, 291 ss).<sup>37</sup> Desde Sagunto se fundaría «Segóbriga», que reduce a

<sup>36</sup> AVIEN., *Ora marítima*, 481-482; AVIENO, *Ora marítima* (ed. Antonio BLÁZQUEZ Y Delgado), Madrid, Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares, 1923, 24 y 75; AVIENO, *Ora marítima*. Periplo Massaliota del siglo VI a. de J.C. junto con los demás testimonios anteriores al año 500 a. de J.C. (ed. Adolf Schulten), Barcelona, Librería Bosch, 1955, 82, 132 ss. y 164.

<sup>37</sup> Véase PÉREZ VILATELA, Luciano, «Acerca de la invención del origen ardeatino de *Saguntum*», *Arse*, 22 (1987), 15 ss.; y PÉREZ VILATELA, Luciano, «El origen de Sagunto en Silio Itálico», *Arse*, 25 (1990), 23 ss.

«Segorbe», y la identifica con la «caput Celtiberiae» de Plinio,<sup>38</sup> hacia el IIMCL, «aunque en esto no hay certeza». «Por el discurso del tiempo» se le añadió el sufijo *-briga*, «cuando los Españoles antiguos en su habla natural comenzaron a llamar *Brigas* a las grandes ciudades y poblaciones fuertes» (lib. II, cap. III, 21 r), según muchos «autores graves» como Estrabón. Así, «Flaviobriga, Augustobriga, Iuliobriga, Lacobriga [...]», etcétera. Y describe luego la vega de Segorbe, de donde proviene. Rebate a Silió Itálico «y sus secuaces» por haber atribuido la fundación de Sagunto a Hércules sobre el túmulo de su compañero «Zacynthio», quien, según Diago, habría sido uno de los Argonautas. Allí, dice, ciertamente se levantó el túmulo, pero la ciudad ya existía: en este punto se ve obligado a seguir una etnogénesis que no le apetece mucho, de la mano de Beuter, que le puede servir como autoridad contra Escolano (lib. II, cap. XVII, 40 r). Al «Hércules Griego», de acuerdo con Beuter, le llama también «Thebano».

Diago no se vale de otros onomásticos regios del Viterbiense que hubiesen gobernado las tierras valencianas. A partir de estas fundaciones, utiliza algunos pueblos históricos para establecer a quienes correspondía cada nueva ciudad. Deja caer que otros reyes mencionados por Annio y Ocampo rigieron en otras partes de España. El propósito fundamental — vituperar a Escolano y mantener el prestigio de Annio de Viterbo y Florián de Ocampo— estaba sobradamente cumplido.

Ardeatinos, hebreos de Salomón, tyrios de Tiro y romanos fueron las restantes oleadas etnogénicas del viejo reino.

#### 4. Otros apócrifos en Diago

Los principales son la *División de los Obispos*, hecha por el Rey godo Wamba (lib. II, cap. I, 6 r), que hoy llamamos *Hitación de Wamba*, apócrifo del siglo XII,<sup>39</sup> urdido para el restablecimiento de los obispos cristianos en la Reconquista, que Diago acepto como la mayoría de historiadores españoles coetáneos, incluso Escolano.

El hallazgo de epígrafes hebreos en Sagunto —algunos ya desaparecidos, otros de índole funeraria— conservados, y alguno claramente falsificado acaso en fechas previas a la expulsión de los judíos

<sup>38</sup> PLIN., *Naturalis Historia*, III, 25.

<sup>39</sup> VÁZQUEZ DE LA PARGA, Luis, *La división de Wamba: contribución al estudio de la historia y geografía eclesiásticas de la Edad Media española*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas / Instituto Jerónimo Zurita, 1943.

servieron para levantar el edificio del viaje de Adoniram —en MC a.C., en época de Salomón—, un hebreo sirviente de Salomón, aderezado en la pluma de Ocampo para convertirlo en uno de los grandes personajes de la antigüedades hispánicas: Adoniram tendría encomendada la cobranza de tributos «que le havían de pagar todos los Iudíos, donde quiera que estuviesen [...]» (lib. II, cap. XII, 41 r - v). Coincidió su arribo con el fin de una gran sequía en España, por lo que el país debía estar casi despoblado; pero, contradiciéndose enredado en las espinosas púas de los arbustos historiográficos de Alfonso de Madrigal, Beuter, Ocampo y otros, ¿a quién cobrar impuestos? La base para esta urdimbre es la del *fiscus Iudaicus* que Roma autorizó cobrar a los hebreos de la Diáspora para el templo de Jerusalem. Adoniram habría fallecido en Sagunto, donde su cadáver fue ungido de bálsamo; y fue hallado muchos siglos después, en 480 d.C., en un sepulcro de piedra. «Transcrita en letras latinas diria ZEHVKEBER ADONIRAM EBED HAMELEC SELOMO SEBALIGOT ET HAMMAS VDNIPAR IOM [...] que traducido en lengua latina dice: HIC EST TUMULIS ADONIRAM FAMULI REGIS SALOMONIS, QUI VENIT UT EXIGERET TRIBUTUM. ET MORTUS EST DIE [...]». La fuente que sigue es Beuter, cuya traducción del hebreo sigue: «De Adoniram la fossa es esta, que vingue de Salomo del Re servent, día y mori tribut lo para rebre [...]», la cual confiesa Beuter haber hallado en un libro que había sido dedicado en 1300 al duque de Segorbe Don Alonso de Aragón. De aquí sacó «el general de la orden de los menores fray Francisco Gonzaga el epitaphio y lo puso en la historia de su orden, hablando de su monasterio de Sagunto [...]» (lib. II, cap. XIII, 42 r). Aduce además Diago un «libro manuscrito que recoge Ivan Baptista Villalpando sobre el propheta Ezequiel, citando su hoja 104, donde se da la razón de la invención de este sepulcro y epitafio.<sup>40</sup> Hacia 1480 d.C. —contradiciendo la cronología dicha anteriormente, como no se trate aquí de la lápida, no del sepulcro, que es lo que parece— se halló un epitafio hebraico. El *Códice de Sagunto* aducido por Diago dice: «Apud Saguntum in Arce, anno Domini

<sup>40</sup> VILLALPANDO, Juan Baptista, *Super Ezechiel*, vol. 2, cap. 58, hoja 104 (manuscrito desaparecido de la catedral de Segorbe). La obra de Villalpando, que continuó la labor de Jerónimo de Prado, difunto, puede consultarse en edición impresa: PRADO, Jerónimo de y Juan Baptista VILLALPANDO, *In Ezechielem explanationes et apparatus urbi ac templi hierosolymitani*, Romae, ex typographia Aloysii Zannetii, 1596-1604, 3 vols.

millessimo quadringentesimo octuagessimo, plus minus parum, fuit inventum sepulchrum vetustatis admirandae: intus erat cadaver, quod litum balsamo, huc usque fuerat servatum, proceritatis habebat & hodie habet et in fronte lineas duas idiomate litteris hebraici [...]» (lib. II, cap. XII, 42 r).

El concilio convocado por Dextro, hijo de San Paciano de Barcelona, entre los discípulos del apóstol Santiago es también mencionado, con participación valenciana, pero no lo desarrolla (lib. II, cap. XV, 44 r).

### 5. Antiguas leyes apócrifas de Denia

La persistencia de fragmentos de la *Constitución de los massilienses*, actual Marsella, metrópoli de los griegos establecidos en tres ciudades de la costa valenciana según Estrabón<sup>41</sup> y otros, produjo una espuria legislación de la antigua Denia, de alguna mano apócrifa y ferozmente mendaz, en cuya redacción se nota la inspiración de la conservada *Constitución de los atenienses*, recogida, como la anterior, por Aristóteles. Pues escribe Diago: «Que la ciudad de Marsella de Francia, que también era de Phocenses de Yonia embio personas principales a Dianio a visitar a sus moradores, y darles leyes, por las cuales se gobernasen [...] en el año CCCXXVI a.C. [...]». (lib. II, cap. XVIII, 50 r). Y a continuación pasa a exponer detalladamente cada una de las leyes:

1) Establecieron una tasa (un tope) moderada en lo que uno podía gastarse en convites, trajes, mantenimiento, y penas a quien se excediese. Ninguna dote de bodas podía pasar cien monedas de oro, cinco para vestidos y cinco más para joyas.

2) Que ninguna mujer, casada o soltera, pudiese beber vino, so pena de ser tenida por infame, allende del castigo que mereciese.

3) Que hubiese dos féretros, comunes y públicos, para entierros de todos los moradores: uno para ciudadanos y otro para esclavos.

<sup>41</sup> STR., *Geog.*, III, 4, 6 = 159.

4) Que no hiciesen farsas, ni comedias, ni juegos semejantes con representación en ellos de «burlas y engaños o cosas de amores, no pudiesen mover o incitar o mover a oyentes a cosa fea».

5) Que nadie mendigase, ni pidiese mantenimientos por la población sino que todos trabajasen. Esto les mantendría fuera de vicio, engaño y oficiosidad.

6) Que los esclavos negociasen con su amos la libertad; i que, si después de libres salían desagradecidos o «hiciesen cualquiera otra cosa de que sus dueños no quedasen satisfechos, pudiesen tomarlos a su cautiverio una y dos y tres veces hasta la quarta en la cual no tuviesen lugar ya para ello [...] por no haberse mejorado el esclavo».

7) Que cuando viniesen mensajeros o «gentes defuera» con algunos recados o negocios, no se les permitiese entrar con armas, sino se las quitasen en las puertas.

8) Que hubiese en depósito público cierta confección ponzoña mezclada «de ciguta» para darla a quien de su voluntad quisiese matarse, por alguna de las causas que «movían a fenecer, como enfermedad larga, dolor, pobreza, tristeza [...]».

9) Para conservación de estas leyes ordenaron quince gobernadores y «tres dellos con poder absoluto». Y «ese honor les durase el cargo quanto la vida y que no se pudiese dar a quien no tuviese hijos y no descendiese de marselles».

Y así varias disposiciones específicas más. En mi opinión, la influencia del *Regiment de la cosa pública* de Eiximenis —aunque franciscano— es importante, pero la fuente principal de Diago para esta legislación es sin duda Florián de Ocampo.

Resultaría verosímil que alguna de estas leyes u otras muy similares se hubiesen aplicado a Emporion, Hemeroskopeion o cualquiera de las fundaciones focenses; pero su proceder resultaba ya entonces deleznable para un historiador. Esta legislación apócrifa, pues, es de trasplante puro. De hecho, el no acudir a las fuentes originales grecolatinas, muchas de ellas ya bien editadas, es una de las

características de Diago, aunque se vale de los listados de ciudades proporcionados por Plinio, Estrabón y sobre todo Ptolomeo. A la hora de ensamblar las partes acude a los cronicones ya confeccionados de Beuter y Ocampo. La mentira y el recurso a autoridades sospechosas ya entonces entran conscientemente en la obra de Diago.

En cuanto al epígrafe de Adoniram y su exégesis medieval, no parece que Diago haya obrado con mendacidad consciente. El entramado de esta epigrafía hebraica y su interpretación por los sefardíes pertenece a un apartado ciertamente triste de nuestra historia: la probanza de la acreditación hebrea de España, antes de la expulsión de 1492 y a partir de los motines de fines del siglo XIV y disputas arbitrales interreligiosas propiciadas por las monarcas de los reinos de España.

## 6. Epigrafía

Hay una tendencia en los historiadores de reinos particulares cara a los epígrafes. Se espera demasiado de ella, imaginando que, al modo de la ciudad de Roma, los epígrafes hallados en ciudades provincianas se deben referir a hechos importantes, conmemorados por la epigrafía monumental en la Urbe; pero se traslada este proceder a cada humilde epígrafe funerario o a una leyenda monetaria concreta. Así, el desarrollo del rótulo monetario siglado (no indica cuáles son las siglas) de los numismas de Dertosa se convierte en VNDIS EREPTUS AVVS (“el abuelo liberado de las olas”).

Más sensato se muestra ante la pretensión de que la *origo* de un individuo expresa en un epígrafe funerario sea determinante para reducir la ubicación de la citada al lugar donde fue hallada la lápida. Concluye que es más bien al contrario, como ciertamente ocurre. Hace este buen razonamiento a propósito del epitafio de Cayo Fabio Celso Edetano en Jérica, de modo que concluye que Jérica no pudo haber sido Édeta.

En general, la mayoría de los epígrafes insertos en la obra de Diago son dudosos o desarrollados al gusto del lector. A propósito de “Sétabis” menciona un epígrafe no recogido por Hübner: “SETABIS HERCVLEA CONDITA DIVINA MANV”. Inscrito sobre una piedra, este epígrafe se nos debe hacer sospechoso. En otra lápida setabense —que existió realmente— menciona a “L. FABIVS TROPVS MART. DOMINO U.S.L.M.”, pero con intención de probar mediante ella la existencia de un templo a Hércules (?). Una observación sincera y acertada es que originalmente esta ciudad se llamó *Setabi*, sin la -s, adición posterior, a

propósito de una basa conservada que Diago atribuye a un emperador; además, confiesa tomarla del séptimo Diálogo de Antonio Agustín — más y mejor usado por Escolano que por él—.

Diago conoce la inscripción saguntina “CULTORES DIA.”, la cual ha servido para establecer, hoy día, la existencia de unos “CULTORES DIA[NAE ET APOLLINIS].<sup>42</sup>

Realiza además algunas consideraciones muy sensatas acerca de los epígrafes que conmemoran a individuos de diversa procedencia en las capitales provinciales, concretamente en Tarragona (lib. II, cap. III, 22 v - 23 v).

En fin, menciona un pedestal estatuario de Tarragona erigido por un natural de Cantabria «que es Vizcaya», flamen o sacerdote de Roma, como ejemplo de epigrafía acumulada en las metrópolis provinciales, así como otras lápidas tarraconenses (lib. II., cap. III, 23 r - 23 v).

En la problemática del uso de la epigrafía, la metodología de Diago se muestra bastante superior a la de Escolano. Hay, en capítulos posteriores, otros epígrafes auténticos y en general bien interpretados.

### **7. Búsqueda de la confrontación con Escolano**

Más de la mitad de los topónimos antiguos de tierras valencianas citados por los clásicos permanecen sin identificar. Cada autor posterior, pues, ha podido jugar su carta defendiendo una localización de tal o cual ciudad. Lo llamativo de Diago no es que en algunas reducciones siga a Ocampo, Beuter, Ferreras e incluso a Rodrigo Jiménez de Rada, sino que en ninguna ocasión siga a Escolano —salvo, claro está, en ciudades plenamente identificadas, como Valentia, Edeta o Saetabis—. Vaya una muestra, respetando la ortografía original:

<sup>42</sup> BONNEVILLE, Jean-Noël, «Cultores Dianae et Apollinis», *Saguntum*, 19 (1985), 255-278.



Escolano	Diago	Viterbo
• Albaladejos / Albaladejos / Viterbo	Viterbo	Albaladejos
• Valenciana	Cataluña	Valencia
• Alcazarras	Puerto del Algebr de Vélez	Vélez
• Alcazarras		S.º de Alcazarras
• Alcazarras	Ciudad de L. Nueva	Ciudad Nueva / Ciudad Nueva
• Sagunto	Valencia	Sagunto
• Saguntum	Rio Júcar	Júcar
• Saguntum	Niagara	Niagara
• Saguntum	Viterbo	Viterbo
• Saguntum	Rio Nerón	Rio Nerón o de Sagunto
• Saguntum	Alcaz	Alcaz
• Saguntum	Alcaz	Alcaz
• Saguntum	Xerxes / Júcar	Alcaz / Sagunto de Sagunto
• Saguntum	Fuente de Sagunto	Alcaz
• Saguntum	en el Júcar	Alcaz
• Saguntum	en el Júcar / Sagunto	Alcaz / Sagunto

FIGURA 2. No coincidencia de topónimos entre las *Décadas* de Escolano y los *Anales* de Diago.

Y podríamos continuar con esta tabla. No nos interesa ahora quién acumuló mayor número de aciertos, sino el hecho de que se busque intencionadamente la descalificación, la crítica, de las reducciones de Escolano, de modo sistemático y no señalando ni tan sólo un eventual acierto de éste en identificaciones evidentemente coincidentes (Valencia, Saguntum, el río Iberus, etcétera). Es cierto que varias localizaciones de Escolano no se sostienen, pero tampoco algunas de Diago. La confrontación, pues, como sistema.

Diago venció en la polémica, pues Escolano no pudo ver publicadas sus restantes décadas. No sería hasta el siglo XIX. La orden dominicana y los falsos cronicones habían ganado la batalla de las antigüedades valencianas. Pero la máxima paradoja: Diago es el defensor de las patrañas de Viterbo y, sin embargo, no lo emplea en absoluto — apenas en tres reyes — si los onomásticos del Viterbiense no vienen avalados por documentación adicional, tenida por canónica y veraz. ¡Cuánta mala sangre para esparcir a voleo algunas hipótesis topográficas!